





El Jardín de Babilonia

BERNARD CHARBONNEAU

Primera edición: *Noviembre 2016*
Esta edición consta de: *800 ejemplares*

Título: *El Jardín de Babilonia*
Título original: *Le Jardin de Babylone*
Autor: *Bernard Charbonneau*
Traducción: *Emilio Ayllón*
Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*
Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*
Impreso por: *Kadmos*
ISBN: *978-84-943217-5-7*
Depósito legal: *M-34657-2016*
Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Índice

Nota del traductor.....	9
Nota del editor francés.....	11
El Jardín de Babilonia	13
Primera parte	
LA CIUDAD EN EL CAMPO	17
<i>I. La muerte del gran Pan.....</i>	<i>23</i>
1. Lejos del Edén.....	23
2. De la creación a la naturaleza.....	28
3. El combate contra la naturaleza	31
4. La naturaleza es el hombre.....	36
<i>II. La ciudad.....</i>	<i>43</i>
1. La era de la contradicción.....	43
2. De la ciudad a la aglomeración urbana.....	49
3. El suburbio	54
4. El habitante de la ciudad aislado del cosmos.....	59
5. La ciudad y la libertad	66
<i>III. La superficie y el punto</i>	<i>71</i>
1. La provincia.....	71
2. París	79

<i>IV. El campo</i>	95
1. El país.....	95
2. El paisano.....	100
3. Treno por mi país.....	106

Segunda parte

HACIA LA CIUDAD TOTAL.....	115
----------------------------	-----

<i>I. La explosión urbana</i>	121
1. Megalópolis.....	121
2. El frente urbano.....	126
3. ¿Cómo salir del paso?.....	129
4. Un diluvio de petróleo.....	136

<i>II. Los costes de Megalópolis</i>	141
1. La escasez por la abundancia.....	142
2. La amenaza de apoplejía.....	147
3. ¿Caos o termitera?.....	150

<i>III. Nacimiento del suburbio rural</i>	155
1. «Revolución» agrícola y «revolución» industrial.....	155
2. «Revolución» agrícola y «revolución» política.....	159
3. El Plan y el campo.....	162

<i>IV. Aspectos del nuevo suburbio hortícola del Gran París</i>	167
1. El final del paisaje.....	168
2. El final del campesino.....	175
3. La Francia rural ante su propio final.....	182

Tercera parte

EL «SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA», PRODUCTO DE LA INDUSTRIA.....	187
---	-----

I. La Naturaleza como Cultura191

1. El sentimiento de la naturaleza, signo de contradicción.....	191
2. El canto de los bucólicos.....	197

II. Jugar a los indios205

1. Los hijos del Sol.....	206
2. El amor al primitivo.....	209
3. El intelectual y el buen salvaje.....	212

III. Paganos de fin de semana.....219

1. Mitos naturistas: el mito de la isla.....	220
2. Del jardín del Edén al parque nacional.....	226
3. La pesca con cebo vivo	231
4. El <i>tour</i> del turista.....	234

IV. Vistas al mar y a la montaña245

1. Vistas al mar	245
2. Vistas a la montaña	250

Cuarta parte

EL FRACASO DEL «SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA»	261
---	-----

I. De la naturaleza a la antinaturaleza265

1. De cómo, reacción contra la organización, el sentimiento de la naturaleza conduce de vuelta a la organización	265
2. Paraísos artificiales	270

<i>II. El suburbio del ocio</i>	275
1. Un Edén infernal.....	276
2. Venecia la Pintada.....	280
3. La trucha y la tasa de oxígeno.....	283
<i>III. Complejos de vivienda y espacios verdes</i>	291
1. Megalópolis del Mar	291
2. La catedral engullida.....	297
3. Producir naturaleza.....	303
<i>IV. El fracaso de la rebelión naturista</i>	309
1. El fracaso de la evasión individual	309
2. El fracaso de las comunidades naturistas.....	313
CONCLUSIÓN.....	321
1. Por una conciencia de la naturaleza.....	323
2. Por una defensa de la naturaleza.....	328

La muerte del gran Pan

1. Lejos del Edén

La naturaleza es una invención de los tiempos modernos. Para el indio de la selva amazónica, o —más cercano a nosotros— para el campesino francés de la III^a República, esa palabra carece de sentido. Porque tanto el uno como el otro siguen ligados al cosmos. En un principio, el hombre no se distingue de la naturaleza; es parte de un universo sin fisuras donde el orden de las cosas es continuación del de su espíritu: un mismo aliento animaba a los individuos, las sociedades, las rocas y las fuentes. Cuando la brisa acariciaba la copa de los robles de Dodona, en el bosque resonaba un sinfín de voces. Para el pagano primitivo no había naturaleza, sólo había dioses, benéficos o terribles, cuyas fuerzas, así como cuyos misterios, sobrepasaban la debilidad humana desde alturas infinitas.

Contra la irresistible corriente de las fuerzas naturales, el individuo y la sociedad humana sólo podían sobrevivir negándose. Aún no podían permitirse el lujo de la contemplación y el amor. Había que entregarse en cuerpo y alma a la lucha, repeler sin tregua el ataque, siempre renovado, de la marea verde: cortar, quemar, ordenar el caos. Si hubo cosas hermosas, amables, fueron en primer lugar las precarias obras del hombre. Pero esta guerra permanente contra la naturaleza era al mismo tiempo respeto. El adversario era demasiado grande y demasiado terrible como para no agasajarlo constantemente. Para luchar contra él hacía falta su consentimiento, porque había que usar su propia fuerza. El orden de las cosas era un orden sagrado, en el cual el hombre, forzado a intervenir para sobrevivir, se desempeñaba con temor y temblor. Estrictos ritos dictaban su conducta y servían para disculparla.

Desde luego, este equívoco respeto del orden cósmico demostraba que en la especie humana apareció muy pronto el germen de una ruptura y de una rebelión. Al personificar las potencias naturales bajo formas humanas, el paganismo griego conservaba la continuidad entre el cosmos y el hombre, pero empezaba a despojar a aquél de su misterio. Cuando la tormenta ya sólo fue ira de marido engañado, su examen objetivo se detuvo. Entonces Prometeo pudo tratar de robar el fuego del cielo. Sin embargo, era demasiado pronto y el sacrilegio fue castigado.

Hoy, cuando Prometeo desencadenado se ha convertido en Dios, el individuo moderno rememora con nostalgia esa infancia perdida. Más o menos consciente, el recuerdo del Edén sigue atormentando a las sociedades industriales. Añoranza de un universo mágico en el que todo estaba vivo, donde todo tenía sentido y el hombre desconocía la maldición del trabajo y del tiempo. Nuestras revoluciones y nuestros ocios no aspiran a otra cosa. Pero un ángel sigue guardando las puertas de estos

paraísos penosamente fabricados a destiempo. Se llama soldado, policía, vigilante. Son los guardianes que los protegen y que nos prohíben la entrada; pues para asegurar esta naturaleza y esta libertad reconquistadas hay que multiplicar las leyes. Hemos sido expulsados del Edén para siempre. Ya sólo podemos mirarlo desde fuera: nunca más pisaremos sus prados floridos. Para nosotros ya sólo es un sueño o una imagen, una promesa o una añoranza: nunca más se hará presente. A nosotros nos toca envejecer, morir, reflexionar y luchar. Si alguna vez, tentados de vivir ese sueño hasta sus últimas consecuencias, hacemos del Edén una realidad cotidiana, es probable que nos despertemos encerrados en ese universo total y que lo que descubramos sea el infierno.

Porque después del año 1 todo cambió. Allí donde Prometeo, el Hombre-Dios, había fracasado, el Dios-Hombre triunfó; sólo un ser aún más divino podía vencer a Zeus. El gran Pan muere; y probablemente sea el Dios de los cristianos quien lo mató: todo lo sagrado, y al mismo tiempo todo lo humano, se retira de las cosas. A partir del Génesis, el cosmos dejó de ser Dios para convertirse en creación de una persona divina. Se hizo la luz, que separa el día de la noche; hubo así una tarde y una mañana. La tierra emergió de las aguas y del sueño nocturno: un mundo in-número y sin embargo exacto, en el que cada objeto tenía su forma y su ser propio. Y Dios creó a Adán; y aunque lo sacó del polvo de la tierra, lo creó a su imagen y semejanza. Su cuerpo podía participar del universo, pero su espíritu pertenecía a otro reino. Y Dios hizo de él el soberano de su creación: un sujeto.

Pero, en el jardín del Edén, a pesar de todo el hombre y las cosas seguían viviendo en Dios: todavía no había pecado ni conciencia del Bien y del Mal. Hizo falta que, destruyendo en parte la obra de su Creador, el hombre se crease a sí mismo pecando. Siguiendo el consejo de Eva y de la serpiente, comió el fruto del

árbol de la ciencia del Bien y del Mal. Así pudo, igual que Dios, conocerlos. Pero fue expulsado del Edén, y arrojado a la tierra, y se hundió en la necesidad y en el mal que su espíritu había reconocido. Y en adelante, mientras el espíritu humano trataba dolorosamente de volver a encontrar un orden en el caos, su cuerpo debía reconquistarlo sin cesar al precio de un trabajo abrumador. Así, encadenado por el peso de la carne en la cúspide de las cosas, tenso el espíritu hacia Dios, Adán, como Prometeo, estaba abandonado a un sufrimiento y una angustia fundamentales.

Pero después de este desgarró tenía que volver a ser creado por el Amor divino. Si la Encarnación del Dios-Hombre sella una nueva alianza entre Dios y su criatura, también restablece un vínculo entre Dios, el hombre y su creación. El Nuevo Testamento no diviniza más que el Antiguo las fuerzas de la naturaleza; y, sin embargo, está impregnado de su amor. El recelo y el odio puritano hacia una naturaleza que porta la marca del pecado, característicos del cristianismo de la Reforma y la Contrarreforma, están completamente ausentes de los Evangelios. Al contrario, la simplicidad evangélica está revestida de todos los colores de la primavera. El universo de la palabra y la vida cristianas no es el de la ciudad, ni el de la fábrica, sino el de los viñadores y los pastores. La creación no es el enemigo, sino la obra de Dios: una inmensa parábola en la que el que sabe leer puede descubrir su voluntad. En la parábola de los lirios del campo, la naturaleza: la espontaneidad, la infancia, y no el trabajo o la preocupación, se pone como ejemplo. «Mirad cómo crecen los lirios del campo...» es una respuesta escandalosa a la maldición del Génesis: «Te ganarás el pan con el sudor de tu frente». Y desde entonces, a veces llegamos a obedecer la voluntad de Dios olvidando su maldición.

El cristianismo siguió guiando a sus fieles a desiertos y lugares sagrados, pero con otro espíritu. El desierto ya no es so-

lamente el refugio de los demonios. Desde que el Éxodo prescrito por Jehová lo exorcizó, se convirtió en lugar de retiro de profetas y eremitas, en símbolo del despojamiento y la soledad del nuevo Adán. Y los bosques que eran refugio de fieras se convertirán en refugio de cartujos. La fe cristiana no abolió los lugares sagrados, únicamente cambió su significado: el Sinaí y el Tabor siguen siendo montañas santas. Pero la Ascensión expulsó a los dioses de las cumbres, y el hombre pudo elevarse sobre ese pedestal vacío. No por ello deja de acercarse hasta aquí con respeto, pues es al final de su esfuerzo que puede calibrar toda la profundidad del cielo: la inmensidad vacía que le separa del Dios trascendente.

Así pues, la creación cristiana es una de las fuentes ocultas de la idea y del sentimiento de la naturaleza. Entre la naturaleza y el hombre establece una relación viva, ya que es una relación paradójica y ambigua. Como Dios, del cual es imagen, el hombre se distingue de la creación. Él ya no está en ella, y ella ya no está en él, sino colocada ante su conciencia: privada de alma, está ante el sujeto como un objeto. En cierta medida, el hombre puede actuar sobre ella y transformarla a su manera: su relación con ella ya no es de sumisión, sino de combate. La espada flamígera del Arcángel ha podido arrojar al hombre a la tierra, pero no lo ha arrojado a los infiernos; a pesar de todo, no está sepultado en la materia. Y si bien sigue siendo un ser determinado, finito y mortal, el Cristo le ha concedido la libertad de los hijos de Dios. Así, la libertad humana va a descubrir y a domeñar la naturaleza. Sin embargo, al viejo vínculo le sucede uno nuevo. El hombre comienza a amar el cosmos porque éste se convierte en la naturaleza: porque es distinta a él, y porque ya no está poblada de espíritus. Los robles de Dodona se han callado; sólo el viento levanta aún el murmullo de las hojas, y ahora su murmullo consuela nuestra angustia. Ha amanecido, el Olimpo

ha perdido su forma sobrehumana; se ha petrificado en un conjunto de rocas. Y el hombre, curioso, se ha acercado a él. Sus manos han cogido la piedra helada; para ver mejor, se ha elevado, arrastrado a la cumbre por una especie de ebriedad. Ha tenido que buscar un camino, forzar un paso, burlar al vacío. Y en ese cuerpo a cuerpo con la montaña encuentra la paz.

2. De la creación a la naturaleza

La creación se ha vuelto naturaleza. En efecto, a medida que el hombre se distingue del cosmos, experimenta la necesidad de reintegrarse en él. A medida que progresan el saber y el dominio de las cosas, se despierta la nostalgia del tiempo en que éstas tenían una dimensión mágica. Conforme el individuo se afirma frente al universo y la sociedad, crece su necesidad de dejar de estar solo y de encontrarse en armonía con uno y otra. Conforme el insoportable sol de la consciencia alcanza su cénit, despierta la nostalgia de la inocencia original: del tiempo de la naturaleza.

Tanto como del progreso de las ciencias y las técnicas, la naturaleza es hija de la afirmación de la persona y su libertad. Del mismo modo que el Dios personal es el autor de la creación, el individuo moderno lo es de la naturaleza: no por casualidad el más relevante de sus inventores es el protestante Rousseau. Puesto que el Edén se había perdido, había que recuperarlo. Como el individuo no podía domeñar sus pasiones, escapar a la caída, tenía que replicar que el estado original era el estado de naturaleza —de inocencia. El hombre bueno y racional de Rousseau fue la invención de un pecador calvinista. Despojando a la fe cristiana de sus signos de contradicción: el mal, el Dios personal y encarnado, el vicario saboyano intenta reintegrar a Dios

en el cosmos, pero es demasiado tarde. La naturaleza es la madre del hombre: el modelo de toda sociedad. El fin es el origen. La meta de la civilización es el buen salvaje; la de las revoluciones, la vuelta a los derechos naturales. La constitución ideal no hace más que retomar el contrato social primitivo. La naturaleza de Rousseau es sólo la proyección sobre lo dado de las exigencias del espíritu humano. En el fondo, no es sino una supernaturalidad cristiana que no se atreve a decir su nombre.

En cierto sentido, el paseante solitario no se ha equivocado: un vínculo profundo une libertad y naturaleza. En una sociedad civilizada, en la que las constricciones sociales sustituyen a las fatalidades naturales; en una sociedad en la que el «así es» ya no designa la voluntad de Dios y la inapelabilidad de sus plagas, sino los decretos de la Historia, la reivindicación de la libertad acaba siendo la reivindicación de la naturaleza. Era inevitable que el hombre, al dejar de ser sagrado a imagen de Dios, se convirtiera en un ser natural, al cual la sociedad no podía tocar sin atentar contra la obra perfecta del gran arquitecto. Pero esta naturaleza intangible y fundamental, estos derechos naturales: esta naturaleza humana, ¿sigue haciendo honor a su nombre?

Cuando el peso del conformismo social sustituye al del medio natural, el derecho, y el deber, de ser libre se convierte para el individuo en el de ser «naturaleza» —hoy en día decimos «auténtico». Cuando el vestido se adhiere al cuerpo del ser social como una piel, la desnudez primitiva se convierte en una liberación; cuando la moral se convierte en un nuevo sino, a veces el individuo tiene que superarse para seguir sus instintos. Esta naturaleza, ¿no sería una ética?

Es verdad que hay una relación entre la naturaleza y la libertad, sólo que se trata de una relación paradójica. No hay libertad sin naturaleza; el hombre libre necesita más que nadie espacio, tiempo y silencio. Necesita el desierto, los mares y las selvas, la

autenticidad de la creación tal y como salió de las manos de Dios: pero eso es porque la ha perdido. Necesita volver a encontrar la espontaneidad, la simplicidad; pero éstas están más allá, y no más acá, del progreso material y de la conciencia. Podemos reprochar a Rousseau, como a todos sus contemporáneos, el no haber tenido sensibilidad para la paradoja, el haber asociado, por ejemplo, como algo evidente la naturaleza y la revolución, cuando la revolución es antes que nada una violencia que se hace a la naturaleza, en particular a la naturaleza humana. Y la que pretende conducirla a la fuerza a la inocencia primitiva es la que la ataca más profundamente.

El error de Rousseau y de sus contemporáneos es haber intentado reconstruir mediante el discurso la unidad que la fe cristiana había destruido en su corazón: el hombre bueno, racional y abstracto de *El contrato social* es la respuesta al pecador viviente de las *Confesiones*. Sólo podían acabar llegando a un «sentimiento de la naturaleza» y a un panteísmo vago, como el de Victor Hugo, que hace de la naturaleza, en contra de toda evidencia, la madre generosa y benévola del hombre. El hecho de no haber aceptado la paradoja de la naturaleza, su vínculo en la tensión con la libertad y el individuo, les llevó a desencadenar la contradicción. El amor y el odio a la naturaleza se han desarrollado así, simultáneamente, en el corazón del individuo moderno. Por eso, con la excusa de liberarla, acepta éste destruirla.

El hombre salió del cosmos, así ha dominado la naturaleza, tanto intelectualmente como en la práctica. Y es así, distinguiéndose de ella, como ha aprendido a distinguirla y a amarla. No hay naturaleza sin civilización: hay que vivir en el cemento de las ciudades para maravillarse del cielo y los árboles. Pero tampoco hay civilización sin naturaleza. Construirla sólo llega a ser un juego apasionante para los hombres si es preciso con-

quistarla, como tuvieron que hacer los pioneros en el pasado, en un universo que se niega. Y el amparo que la sociedad nos ofrece sólo conserva su valor si, al otro lado de las paredes de la casa, el viento sopla y la lluvia bate los cristales. ¿Dónde quedaría el esplendor del día si la noche no le diera todo su brillo?

3. El combate contra la naturaleza

Un nuevo dios profanó el universo; y ese Dios era además hombre. En ese momento Júpiter y Neptuno se desvanecieron para dejar al hombre en la creación; participando de ella, y sin embargo libre en medio de la naturaleza, que el hombre llama así porque ya no le pone la máscara de sus esperanzas y sus terrores humanos. Ya no la personifica porque la conoce y la ama por sí misma. La naturaleza ya no es sagrada, pero desde ese momento tampoco es respetada. En cierto sentido, en el instante mismo en el que se habla de ella ya no hay naturaleza, sino únicamente cosas a explotar, de las que se puede extraer poder o de las que se puede gozar; estéticamente, por ejemplo. El hombre, que en otro tiempo se perdía confundándose con la naturaleza, corre hoy el riesgo de destruirse por negar el vínculo que le une a ella.

Sus primeras victorias se las debe a la capacidad de asociación, a la sociedad humana. La civilización o cultura es una antinaturaleza, sobre todo en sus comienzos, cuando se siente demasiado débil como para concederle su simpatía al adversario. El hombre empezó a dominar la naturaleza antes incluso de poseer máquinas eficaces, cuando la organización estatal le permitió acumular las fuerzas de un enorme número de hombres. La naturaleza fue domeñada en primer lugar, y de manera muy precaria, por los grandes imperios, en particular por Roma.

Roma consiguió dominar un espacio humanamente mucho más vasto que el mundo actual sin aviones ni ferrocarriles, gracias a las grandes calzadas y, sobre todo, a la perfección de su ejército y de su administración. Pero esta victoria era superficial, porque el Estado romano no supo crear una infraestructura espiritual y técnica. Casi en todas partes el hombre seguía siendo el viejo hombre: el campesino pagano. Un mínimo barniz de altos funcionarios y de letrados recubría la lava primitiva de las masas rurales. Un océano de barbarie ilimitada batía los frágiles diques del *limes*; y otra barbarie, mucho más profunda, amenazaba con desbordar desde el interior el orden superficial del racionalismo y del academicismo oficial. La cultura y la razón clásicas triunfaban en las urbes que, desde las garrigas de la Bética hasta las turberas de Caledonia, multiplicaban un mismo modelo: la Ciudad. Pero estas poblaciones sin raíces, aisladas en el páramo o en el campo, carecían de la base económica y de las máquinas que les habrían permitido dominar su entorno. Eran centros administrativos, sin vida propia, a diferencia de las ciudades griegas. Un orden blanco, inerte, trasplantado a grandes extensiones en las que reinaban aún los bosques, las epidemias, la magia. Un orden superficial, condenado por su propia victoria. Pues si bien la *Pax romana* había podido vencer a la naturaleza, sojuzgar tribus y espíritus, al mismo tiempo había esterilizado las fuerzas de la vida.

Por eso las fuerzas de la vida se levantaron contra ella y Roma se vio desbordada por la barbarie de fuera y de dentro. Los pueblos se lanzaron al asalto, mientras el Imperio se descomponía interiormente bajo la acometida de los hombres y de los dioses. El espacio estallaba y se dividía en numerosos reinos y, más tarde, en innumerables señoríos; las ciudades caían en el abandono y la presión de los bosques borraba la huella de las calzadas romanas. La Edad Media es una especie de vuelta a la naturale-

za; tal vez era necesario que el hombre, como Anteo, volviera a tener contacto con la tierra para sacar de ella las fuerzas que tenían que permitirle vencerla. Y es que la Edad Media, a diferencia de Roma, podía progresar porque era cristiana. El cristianismo, que para adaptarse a las sociedades que había conquistado se había paganizado, no dejaba de portar consigo el principio de una desacralización de las cosas: del espíritu científico. Y a pesar de la Iglesia, el Dios personal llamaba a las personas a la libertad: a la investigación, a la iniciativa y al combate. Esta vez la oscura vitalidad de la barbarie iba a animar la organización del mundo.

Como antiguamente, el progreso comenzó en primer lugar por la organización política: por la reconstrucción del Estado. Los reinos recuperaron la tradición de Roma: el derecho, las técnicas de la administración, de las finanzas y del ejército. Y si bien cubrieron una extensión menos vasta que la del Imperio, fueron capaces, por contra, de penetrar en ella con mayor profundidad, hasta el corazón de los pueblos, abriendo el camino al Estado-nación. Asociada a los reyes, la burguesía, por su parte, partió a la conquista de la tierra. Separado del cosmos por las murallas de su ciudad, el burgués, a diferencia del clérigo o del señor, no podía ver en el resto del universo más que un espacio a explotar. La fe cristiana justificaba en él la razón y la revuelta, la inquietud y la aventura, confundidas en el viejo hombre con la búsqueda del poder y del beneficio. Así, gracias a los reyes y a los burgueses, las ciudades volvieron a crecer. Pero esta vez estaban animadas por un espíritu de libertad. Y, como en otro tiempo las ciudades griegas, poseían una infraestructura económica. Estaban vivas y eran muchas; hostiles la una a la otra, el propio esfuerzo que hacían para destruirse les permitía crecer. El Estado podía desaparecer, y por lo general era absorbido por un Estado mayor y mejor organizado. Y la Edad Media

cristiana daba finalmente su fruto; la ciencia descubría su autonomía, el hombre hacía inventario de su planeta y los primeros esclavos mecánicos comenzaban a engendrar otros esclavos cada vez más fuertes y más dóciles. Bajo la acción del espíritu y de la actividad humana, el antiguo hielo se rompió y se puso en movimiento, a una velocidad cada vez mayor. Habían hecho falta cinco siglos para pasar del timón de codaste al barco de vapor; hizo falta poco más de uno para llegar al avión, y medio siglo más tarde los primeros cohetes abandonaban la Tierra.

Hoy tenemos el mundo en nuestras manos; pero aunque hemos aprendido a explotarlo, no sabemos demasiado bien qué hacer con él. Con respecto a la naturaleza podemos considerarnos libres, y sin remordimientos, si somos capaces de aceptar las responsabilidades que esa libertad implica. Ya no estamos atrapados en la distancia, y la noche ha dejado de encerrarnos en su bloque impenetrable. Los viejos terrores no husmean ya el umbral de nuestra casa, y a los monstruos que poblaban los bosques los metemos en jaulas en nuestros parques públicos para entretener a nuestros pequeños. Sólo sigue presente la muerte, tanto más vertiginosa cuanto que a partir de ahora se muestra a cara descubierta. Podemos construir presas que retienen mares artificiales¹, y bombas más terribles que los volcanes; en el futuro cambiaremos los climas. El hombre se ha convertido en la fuerza natural más activa de la tierra; ante él, los bosques retroceden y las especies desaparecen. Ya no somos paganos; ya no adoramos la lluvia, la fabricamos. Ya no veneramos al hipopótamo o al águila; nuestros tanques y nuestros aviones son mucho más prestigiosos. Las fuerzas a las que adoramos se llaman Hie-

1. El hombre se convierte en una fuerza cósmica. El peso de las aguas de estas presas provoca seísmos que alcanzan, en el embalse de Kariba, una magnitud de 6,5 grados. Por suerte, el país está muy poco poblado. [Las notas del autor aparecen con una llamada en numeración arábiga. Las notas del traductor, con el correspondiente asterisco]

rro, Crisis, Paz; basta un cartel tricolor en las paredes de nuestras ciudades para que la tierra tiemble. Nuestros cataclismos tienen por nombre Revolución, Guerra; porque ya no es el suelo el que nos sostiene, sino el cuerpo del gigante social. Ya no somos paganos; pero si ser pagano consiste en adorar ídolos, entonces lo somos por partida doble, ya que nuestros dioses están hechos a imagen y semejanza de nuestras herramientas.

Hemos vencido a la naturaleza. Por lo tanto, deberíamos aprender a no considerarla ya como el enemigo que debemos aniquilar. Esta victoria fue a veces mesurada, como en el mundo rural tal cual existe en algunos países civilizados de antiguo. En Europa, en Asia, en unas pocas regiones de África y América, el hombre se sometió lentamente a la naturaleza, tanto como él mismo la sometía. Y el paisaje nació de esta unión, en la que los campos y los setos abrazan las formas de las colinas, en la que los valles emplazan sus granjas y sus aldeas en los mismos lugares en los que las ramas dan sus frutos. Los prados se adentran en los bosques y los bosques en las viñas. Y del mismo modo que no es posible decir dónde comienza el hombre y dónde acaba la naturaleza en el paisaje, resulta imposible distinguir al paisaje del país.

Sin embargo, lo más frecuente es que el hombre sólo haya podido vencer a su viejo adversario aniquilándolo. Una parte cada vez más grande de la humanidad vive en ciudades en las que no subsiste nada de naturaleza, salvo el cielo, o parques que son el colmo del artificio. La tierra está sepultada bajo el hormigón, el horizonte cercado de muros. Cuando llega la noche, un sinfín de luces parpadea en el negro diamante de la urbe para encerrarla en el corazón de la oscuridad, en un mundo cerrado que recibe toda su vida de las máquinas, a excepción del flujo inagotable de los hombres que prosigue su camino en el curso perpetuo de los autómatas. Porque es en el hombre donde la

vida y la naturaleza subsisten todavía irreductibles: en la muchedumbre anónima de las aceras, donde el amor y la muerte siguen yendo a buscar a su elegido. Es verdad, cuando la naturaleza se ve acorralada hasta ese punto, incluso este fantasma verbal que acecha la tumba de lo real habrá desaparecido.

4. La naturaleza es el hombre

Y es que la naturaleza es el hombre; es sólo uno de los nombres de su libertad. El sentimiento que podemos tener de ella no es más que la conciencia de nuestra vida. Toda vida de hombre es la expresión de la naturaleza, nada esencial puede añadirsele: en el mejor de los casos, el artificio podrá únicamente camuflar un vacío. El cielo luce azul sobre nuestra cabeza, y el agua clara corre entre nuestros dedos; nuestro corazón late y nuestros ojos se abren. ¿Qué más podríamos pedir? Lo más hermoso y lo más intenso de nuestra existencia, de lo más sencillo a lo más sublime, no lo ha inventado nadie: las nuevas invenciones, en el mejor de los casos, no son sino nuevos pretextos para viejas alegrías. Beber cuando se tiene sed y comer en el momento en que se tiene hambre; meterse en la ola y atrapar un pez, bromear con el amigo o besar los ojos de la amiga. Todo lo que podemos adquirir es un añadido, lo esencial nos fue dado el día en que nacimos. Naturaleza... Nosotros, modernos, empezamos a descubrir el sentido de esta palabra, que despierta en nosotros una irresistible nostalgia: en esta naturaleza vencida en la que reina la muerte, pero que sigue portando la marca del creador del Edén.

El hombre salió del limo; por tanto, aunque se distingue de ella, sigue siendo parte de la creación. Cuando perturbamos la naturaleza, estamos cortando nuestra propia carne; también en este ámbito deberíamos ejercer nuestra libertad con temor y

temblor. Nuestro espíritu es libre, pero nuestro cuerpo nos ata al cosmos: en él arde el mismo fuego que el de los soles. Y si la Tierra no es nada en el infinito, poca cosa es el hombre en la Tierra. Bastaría con una invisible variación en el nivel de sal de los océanos, con una ínfima modificación de la impalpable atmósfera, para que desapareciera como un soplo de aire. El hombre es sólo una forma de la naturaleza viviente, que no es, a su vez, sino el resultado de la prodigiosa conjunción de todas las fuerzas del universo. Un azar supremo, o un milagro. Así pues, en este vacío sin límite el hombre no es nada; pero si toma conciencia de su nulidad, descubre esa nada en el centro de los infinitos. Y ahí está tal vez lo más terrible de la libertad: en ese resplandor blanco que desgarrar la noche cuando abrimos los párpados. El hombre —y en ese instante cada uno de nosotros es ese hombre— se sitúa en un punto de equilibrio en el que todas las mareas de las nebulosas se conjugan para sostenerlo. A escala del cosmos, bastaría con muy poca cosa para destruirlo; y entonces las fuerzas terribles que hacen que la rosa se abra dejarían los planetas reducidos a vapor. Pero nuestra debilidad se vuelve lo bastante fuerte como para amenazar este equilibrio. Aplastados ayer por el orden natural, ¿lo seremos mañana por su destrucción?

Así es esta naturaleza, cuya fragilidad es la nuestra. Si nuestra acción se vuelve demasiado grande y no está atenuada por la sensatez, corremos el riesgo de destruirnos físicamente. Y, en cualquier caso, destruiríamos nuestra libertad, que es aún más frágil que la vida. Cada golpe que asestamos a la naturaleza afecta a nuestro cuerpo, y por lo tanto a nuestro espíritu. Es por eso que nuestra acción sobre ella tiene un límite, pues la naturaleza es precisamente la madre de la que procede físicamente el hombre. ¡Ay, Tierra! Tu señor es tu hijo.

El riesgo de destrucción física sigue siendo el menos seguro, pero no es despreciable. En primer lugar, nada nos garantiza que la multiplicación de la población, asociada al aumento indefinido de la producción, no nos amenace con un agotamiento de los recursos del planeta: el experimento moderno es demasiado corto como para predecir el futuro. Los yacimientos de petróleo y de carbón se pueden agotar, en el mejor de los casos dentro de algunos siglos: ni siquiera lo que dura un imperio. Y en algunos casos, faltan los productos más elementales, como por ejemplo el agua para las grandes ciudades. París tiene que pensar en llevarse una parte de las aguas del Loira a su cuenca; y Nueva York, que consume 25 m² por segundo, tiene que destilar agua de mar a un precio altísimo. El uso de la energía atómica tal vez nos permita suplir el agotamiento de algunos de nuestros recursos, pero se trata sólo de una posibilidad, no de algo seguro. Hay muchas probabilidades de que tengamos que reconstruir a un alto coste los bienes que la naturaleza nos proporcionaba; y eso al precio de mucha disciplina y de mucho esfuerzo. La prudencia más elemental exigiría que, cuando menos, nos planteásemos la cuestión. Con demasiada frecuencia, a la constatación del agotamiento del medio natural los creyentes en el progreso oponen un acto de fe: «Ya se encontrará la manera».

Y si la producción sigue creciendo indefinidamente, entonces se planteará otro problema: el de la eliminación de los residuos. Bajo un cielo contaminado por los gases, la Tierra se convertirá en un solar saturado de basura, con los ríos como cloacas y el océano como vertedero universal. Pero, sobre todo, la intervención potente y ciega del hombre puede acabar destruyendo el frágil equilibrio de donde proviene el hombre. No hemos evolucionado mucho desde la época en que adorábamos a las fuerzas naturales. Frente a la naturaleza, tenemos, a lo sumo, la ac-

titud del esclavo rebelde. Puesto que ya no nos aplasta, ya no vemos en ella más que un instrumento: del suelo sólo nos importa el rendimiento por hectárea; del río, los kilovatios, sin que sospechemos siquiera que la utilidad económica es un aspecto muy limitado del papel que la naturaleza desempeña en nuestra vida. Los vínculos más esenciales que nos atan a ella son invisibles, porque son demasiado numerosos y demasiado profundos para nuestra corta razón. El furor de explotación, la falta de un sentido de lo gratuito, podrían volverse contra nosotros y amenazar incluso el rendimiento. La preocupación por la productividad atiende demasiado al presente, no contempla lo suficiente el porvenir; y entonces llega un día en que la productividad baja. Hace veinte años, nada habría parecido más racional que talar los hayedos para permitir que el tractor trazara una línea bien recta a través del campo. Si alguien se hubiera opuesto, se le habría tachado de reaccionario. Desde entonces, los avances de la agronomía y las terribles lecciones de la experiencia nos han enseñado que todo lo que ese juego de setos, bancales y bosques tiene de atraso, lo tiene de sabiduría. Si el hombre del siglo XIX hubiera podido, habría destruido todas las «alimañas», porque aún no era lo bastante experto como para comprender su profunda utilidad. Hoy la biología nos muestra el papel que juegan las rapaces en el equilibrio natural, y los piscicultores sueltan lucios en sus piscinas para que las carpas ganen peso. El esplendor de la naturaleza no es inútil, muestra a nuestros sentidos razones que nuestro espíritu aún no consigue captar. El azul del cielo y la pureza de las aguas no son meros adornos de un decorado; en la mirada transparente de la belleza brilla un terrible enigma: nuestra relación con el cosmos.

Pero en cualquier caso estamos seguros de que vamos a perder nuestra libertad. La libertad del hombre estaba sepultada en la naturaleza, se ha separado de ella; pero de ella procede.

Hoy, cuando la naturaleza ha de ser conquistada y defendida, quien dice libertad dice naturaleza: espontaneidad. Ya no está dentro, sino más allá de nuestra civilización. Y nuestra civilización misma sólo dará frutos vivos si penetra en nosotros lo suficiente como para llegar a ser naturaleza.

La ciencia nos libera de la determinación natural; pero no la elimina. Antes al contrario, toma conciencia de ella y se apoya en ella para ayudarnos a contrarrestarla. Lo único que hace es desviar el peso del medio físico en la presión de la organización social; en una necesidad que no por ser menos brutal es menos temible, puesto que es fabricada por y para el hombre. No podemos eludir nuestra condición, nuestra suerte ya no depende más del progreso que de la vuelta a la naturaleza; reside exclusivamente en un equilibrio precario entre la naturaleza y el artificio, que deberá mantenerse siempre por la vigilia de la conciencia.

El hombre nace de la naturaleza como del seno de una madre. Allí donde desaparece, la sociedad moderna está obligada a fabricar una supernaturaleza: la tierra y los bosques, y hasta su fauna y sus hombres. Pero entonces la ley debe ser implacable, pues ha de reproducir la naturaleza hasta en el más sutil de sus detalles. Los holandeses cubren sus diques de escolleras artificiales que copian el diseño caprichoso de los roquedos naturales. Los agrónomos rusos o americanos fragmentan las estepas con franjas boscosas y márgenes plantados de arbustos: la ciencia inventa el campo. En el futuro, el hombre tendrá que repoblar los mares igual que echa peces a un estanque; con respecto a algunas especies amenazadas de extinción, los Estados ya se han puesto de acuerdo en vigilarlos como si se tratara de un vivero. Puesto que nuestro poder ha crecido a escala de la Tierra, es el mundo lo que hay que gobernar, hasta su confín más remoto y en lo más profundo de su complejidad. Pero en ese caso

el hombre tiene que imponer al hombre todo el rigor del orden que el Creador se impuso a sí mismo. La red de las leyes ha de recubrir hasta la última pulgada de la superficie del globo. Y en esta recreación, la inhumanidad de una policía totalitaria sustituye a la de una naturaleza total.

Ya no hay naturaleza, salvo en el corazón del hombre, salvo en ese sentimiento creciente de la naturaleza que nos encantaría circunscribir a cierta literatura, cuando se trata de un instinto vital, de una sabiduría de las profundidades. Pues no es otra cosa que la intuición, intensa pero vaga, de nuestro vínculo con el universo.

La naturaleza ha sido vencida, por eso tomamos conciencia de ella. Nos hemos liberado de ella; lo que nos toca es seguir no sólo más allá de la naturaleza, sino del progreso. A nuestra fuerza le corresponde aceptar los límites que en otras épocas nos imponía nuestra debilidad. En el pasado, teníamos que defender la parte del hombre contra las potencias de la naturaleza; hoy, nos corresponde defender la de la naturaleza: respetar su juego, su misterio, en caso necesario. Entonces el hombre no sólo habrá roto sus cadenas, habrá elegido poner orden, y se habrá convertido en el verdadero rey de la tierra: señor tanto del universo como de sí mismo.